

oponerse a la amenaza del fascismo. Coyuntura que situó temporalmente a Araquistain en la posición del punto de unión del ala izquierda del P.S.O.E., las Juventudes Socialistas próximas a los comunistas, y otros grupos vinculados en mayor o menor grado a la IV Internacional.

El segundo periodo, en el que la revista se vio reducida en número de páginas a la mitad y sujeta a la fuerte censura implantada tras el fracaso de la Revolución de octubre de 1934, ha sido el punto de atención predominante del autor de esta selección; durante el mismo, la polémica interna del P.S.O.E. tiene amplia y clara expresión. Las posiciones defendidas en la revista por Araquistain situaban a «Leviatán» en la vanguardia de la lucha por la bolchevización del P.S.O.E., lo que hace de ella un instrumento indispensable para la comprensión de esta postura.

El tercer periodo arranca con la supresión de la censura en febrero de 1936, y marca en cierto sentido el reencuentro con el tono de los textos y declaraciones que encontrábamos en el primer periodo.

En el ya citado análisis que Marta Bizcarrondo hizo de «Leviatán» (al que una y otra vez hemos de referirnos, tanto por la abundancia de aspectos en él recogidos como por la precisión crítica desarrollada en él), se señala cómo el aspecto de más importancia de esta última etapa es la polémica teórica previa a la unificación con el Partido Comunista. Unificación cumplida antes de la guerra civil en lo que afectaba a las

organizaciones sindicales y juveniles. No así a nivel de partido, en que la polémica entablada por Araquistain con los comunistas sobre la naturaleza del partido capaz de asumir el poder revolucionario, absorberá buena parte de la atención de «Leviatán» hasta el final de sus días.

La antología preparada por Preston se atiene en gran medida a los núcleos centrales señalados en cada uno de los periodos, si bien en el prólogo Preston no trata la polémica con los comunistas, de la cual recoge, sin embargo, en la selección los textos de Araquistain.

Creemos que ello pudiera deberse a limitaciones de un espacio que ha sido dedicado en gran parte a definir cuál fue la evolución del ala largocaballerista del P.S.O.E. y sus relaciones, en cuanto al planteamiento teórico, con las tendencias del socialismo encabazadas por Julián Besteiro e Indalecio Prieto. Monopolización del espacio que ha llevado a la no inclusión de datos tan importantes para calibrar de algún modo la dispersión de «Leviatán» y el ámbito de su influencia real, como financiación, tirada, distribución y precio, para cuyo conocimiento el lector habrá de recurrir de nuevo al libro de Marta Bizcarrondo. El mismo camino habrá de recorrer si desea informarse sobre las secciones que tenía la revista y su evolución a lo largo de las diferentes etapas.

En resumen, la Antología realizada por Paul Preston contiene una cuidada selección de los artículos que en la revista se publicaron, pero su prólogo sacrifica en buena parte a la revista en sí, por entrar en la problemática del grupo cuya representación teórica ostentaba. ■ **LUIS GALIANO.**

LAS REVOLUCIONES MEDIEVALES

«...Después de todo, los orígenes del movimiento revolucionario en nuestra vieja Europa no deberían dejar a nadie indiferente, incluso en aquellos que reflexionan sobre el presente o sobre el porvenir.»

Así termina el libro «**Uñas azules, Jacques y Ciompi**», dedicado a las revoluciones populares en Europa en los siglos XIV y XV, y publicado ahora por «Siglo XXI» en su

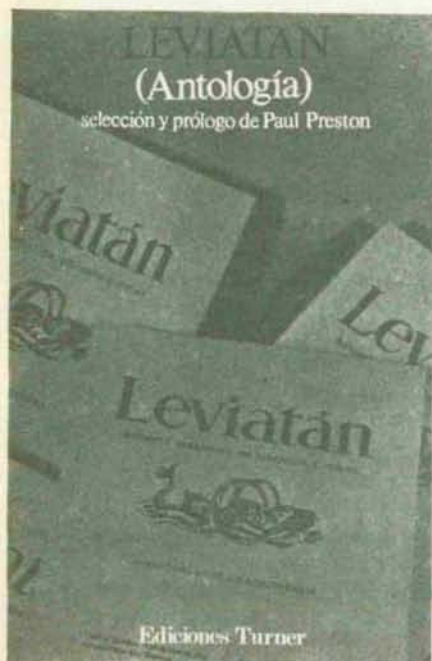
colección «Historia de los Movimientos Sociales» (1).

Dentro del marco general de nuestra historia, la Edad Media suele ser la gran desconocida y sirve generalmente de punto de referencia negativo para cualquier juicio u opinión. A esta Edad Media se le opone tradicionalmente la época inmediatamente posterior, el Renacimiento, como a la noche se le opone el día. El panorama cambia sin embargo sensiblemente cuando se abandonan los esquemas históricos consagrados —reducción de la historia de la humanidad a una serie de fechas y acontecimientos políticos y a la historia de su desarrollo cultural-superestructural—, para estudiar con mayor atención los hechos económicos y sociales en sentido amplio. Desaparecen entonces las fechas límite y el paso repentino de una edad «bárbara» a otra «moderna», y aparecen en cambio la continuidad y la evolución.

La historia de los movimientos sociales se inscribe así dentro de un marco de continuidad, y las revueltas populares de la Edad Media no se pueden desvincular de sus seguidoras modernas y contemporáneas. Esa historia de las luchas sociales en la evolución general de nuestra civilización es una historia continua, que, preservando los caracteres propios a cada época, obedece sin embargo a un mismo planteamiento básico: la lucha de los pobres contra los ricos.

Sucediendo a dos siglos de expansión en todos los dominios —no exentos, por cierto, de problemas y de tensiones sociales—, la Baja Edad Media se caracteriza como un periodo de crisis (crisis económica, social, religiosa, política), de guerras casi endémicas, de hambres y de epidemias. La misma expansión económica del siglo XIII engendró un desfase social cada vez más acentuado: la oposición entre «ricos» y «pobres» ya no se limitó a la lucha del campesino contra el señor feudal, sino que se introdujo a todos los niveles de la creciente vida urbana y se concretó en una lucha triangular entre los «grandes», los «medios» y los «pequeños». Las crisis del siglo XIV agudizarán estos

(1) Michel Mollat y Philippe Wolff: «**Uñas azules, Jacques y Ciompi. Las revoluciones populares en Europa durante los siglos XIV y XV**». Siglo XXI. «Historia de los Movimientos Sociales». Madrid, 1976. De España Editores. Colección. 284 págs.



conflictos preexistentes, debido a las nuevas relaciones de producción —la llamada «crisis del feudalismo»— y a la recesión económica acompañada de una importante expansión demográfica.

Iniciadas a finales del siglo XIII —hacia los años 1280—, las luchas sociales no dejaron de sacudir a los países europeos a lo largo del siglo XIV, y luego del XV. Casi ninguno de esos países escapó a las revueltas, a los brotes revolucionarios o a las continuas agitaciones sociales. Organizadas o espontáneas, con o sin jefes, efímeras o de larga duración, las revueltas medievales se producen tanto a nivel del señorío rural como de la comunidad urbana, surgen contra el Estado o la Iglesia

oficial, y enfrentan a diversas clases sociales de intereses cada vez más divergentes. Los conflictos, sin embargo, no se desarrollan según un esquema inmutable, sino que se van transformando a lo largo de este período —de más de siglo y medio— que, siguiendo un orden cronológico y a través de una relación más o menos breve de los acontecimientos, estudian los profesores **Michel Mollat** y **Philippe Wolff**; estudio que no pretende ser exhaustivo, ya que desde su fecha de publicación en francés, durante 1970, el panorama se ha enriquecido con nuevas aportaciones.

En los enfrentamientos de principios del siglo XIV que, en las ciudades del Imperio o en Flandes, oponen a

los «medios» —artesanos acomodados, como los tinteros o «uñas azules»— con los «grandes» o «ricos» por la conquista del gobierno comunal, el pueblo «bajo», los «pobres», tras ser manipulados por uno u otro grupo, suelen ser las víctimas de la represión. A medida que pasa el tiempo, estos «pobres», campesinos como los «Jacques» franceses de 1358, o artesanos «proletarios» como los «Ciompi» florentinos de 1378, van adquiriendo más peso y mayor conciencia en las revueltas. Estas culminan en los años 1378-1382, durante los cuales se desarrollan movimientos revolucionarios simultáneos en Italia, Francia, Inglaterra, Flandes e Imperio germánico. Salvando unos rasgos específicos, estos movimientos son esencialmente populares y persiguen una mayor justicia, un igualitarismo de tipo comunista: los Trabajadores ingleses de 1381, por ejemplo, se agruparon alrededor de Wat Tyler alentados por la famosa frase del predicador John Ball: «Cuando Adán cultivaba la tierra y Eva hilaba, ¿dónde estaba el gentilhomme?». El fracaso de estas luchas se acompaña siempre de un endurecimiento de los regímenes reaccionarios que se vuelven a implantar. Las causas de tal fracaso —según lo subrayan los autores— son múltiples. La más importante, quizá, reside en los propios esquemas mentales de los protagonistas. Los rebeldes son más reformistas que innovadores: no cuestionan el problema fundamental de las estructuras de poder, sea político o religioso; son a veces anticlericales pero nunca antirreligiosos; son antiseñoriales pero promonárquicos; cuestionan —en definitiva— los hombres pero no las estructuras. Las estrechas relaciones que existieron entre las sublevaciones populares y las herejías —tema que necesitaría una mayor profundización— no llevaban a una ideología revolucionaria, sino milenaria, incluso en la «revolución husita» de Bohemia.

Las consecuencias inmediatas de este fracaso fueron de dos signos: a nivel político-social, se organizó la represión; las clases dirigentes, a lo largo de este par de siglos, crearon su Policía —«la» Policía— y sus métodos represivos. Y a nivel de mentalidades, apareció la noción de «clases peligrosas» aplicada a los pobres, a los «pequeños».

El problema, sin embargo, había sido

POR LA IDENTIDAD HISTÓRICA DE CATALUÑA

De los cuatro primeros títulos publicados por «La Magrana», se deduce fácilmente que la afirmación de la identidad de los Países Catalanes es el propósito que inspira la línea de la joven editorial barcelonesa. La elección de los autores de estos cuatro libros, todos ellos procedentes **dels Països** y escritores en lengua catalana, responde a este enfoque unitario. Sin embargo, en lo que se refiere a temáticas y tratamiento, «La Magrana» da cabida a los géneros más diversos: ensayo, narrativa y teatro.

El primer libro de la nueva colección, «Un país sense política», es una recopilación de artículos del polígrafo valenciano **Joan Fuster**; reflexiones sobre diversos aspectos del hecho diferencial de su país en el contexto de los Países Catalanes. Cada uno de estos breves ensayos es una «meditación premeditada» en torno a cuestiones como la ausencia de una clase política vinculada a la realidad del País Valenciano, la irresponsabilidad histórica de su burguesía, la apertura de un proceso de «reidentificación» en la conciencia del pueblo valenciano, etc.

«Sintesi d'història dels Països Catalans», de **Jordi Moners**, segundo título de «La Magrana», ha venido a llenar un vacío bibliográfico que ya en 1960 hizo notar Fuster. El libro es un excelente manual de iniciación y consulta que, en reducido número de páginas, resume la historia **dels Països** desde el paleolítico al fin de la II República. La cronología de acontecimientos, los

cuadros sinópticos y mapas que acompañan al texto, completan su validez y utilidad didáctica.

Un conjunto de relatos del mallorquín **Antoni Mus**, «Les Denuncies», es el tercer título editado. Esta obra, finalista en 1975 del premio «Victor Catalá», recoge el testimonio personal de una historia próxima y todavía inédita, el clima violento y triunfalista que reinaba en Mallorca durante la guerra civil española.

El cuarto libro publicado por «La Magrana» es una pieza dramática de **María Aurella Capmany** y **Xavier Romeu** escrita con ocasión del 50 aniversario de la muerte de Layret. Su largo título, «Preguntes i respostes sobre la vida i la mort de Francesc Layret, advocat dels obrers de Catalunya» (1), es por sí mismo sumario y resumen del contenido de la obra. ■ **B. C.**

(1) De la que existe traducción al castellano en el número 3 de la revista «Pirijaina».



M. Mollat y Ph. Wolff
**Uñas azules,
 Jacques y Ciompi**
 Las revoluciones
 populares en Europa
 en los siglos XIV y XV



XI
 siglo
 revoluciones
 populares
 en Europa

HISTORIA DE
 LOS MOVIMIENTOS
 SOCIALES

planteado entonces, sin ser resuelto. Los métodos de protesta, huelgas, manifestaciones diversas, insurrecciones, también habían hecho su aparición en la escena histórica. La conciencia de clase está en germen en las nociones medievales de «pobres»/«poseedores» y no tardará mucho tiempo más en manifestarse.

Considerándolo como una especie de período de «infancia», el estudio de los movimientos sociales en estos siglos XIV y XV resulta ser, en último término, una base conveniente —yo diría que imprescindible— para el estudio y el conocimiento de las luchas sociales europeas contemporáneas. ■ **ADELIN RUCQUOI.**

LA NUEVA HISTORIA

La Historia atraviesa una crisis profunda: ha perdido su lugar tradicional entre las ciencias humanas y ahora busca en vano su identidad. Invadido progresivamente su campo de acción por la sociología, la antropología, la economía, parece haber perdido su vieja coherencia y con ella su sentido.

¿Está acaso justificada visión tan pesimista del futuro de nuestra disciplina? Únicamente si entendemos la Historia en un sentido tradicional; es decir, como simple narración y enumeración cronológica de hechos y de acontecimientos. Sólo si nos referimos al futuro de la historiografía

burguesa tiene fundamento ese pesimismo.

Porque aun si admitimos la realidad de esa crisis, ¿qué nos impide ver en ella no un síntoma de desmoronamiento, como pretenden algunos, sino antes bien un signo de vitalidad? ¿No es precisamente esa indefinición de fronteras, esa desprejuiciada apertura a nuevas disciplinas que acompaña a la constante revisión de las fuentes historiográficas tradicionales, una clara manifestación de afán creador y de dinamismo?

Visto desde este ángulo, se hace evidente que la «nueva Historia» trata de sacudir la «hipoteca del positivismo», intenta superar por distintas vías la unilinealidad de enfoque que había acabado por conducir a un callejón sin salida.

Crisis real, pues, pero crisis positiva la de la ciencia de la Historia en este momento de transición y que se refleja con claridad en la encuesta que entre 1968 y 1973 realizara la revista francesa «**La Nouvelle Critique**». Teórica reflexión sobre el momento actual de la Historia, en la que participó un plantel de veintitantos historiadores del prestigio de **P. Vilar, A. Soboul, P. Francastel, P. Léveque, A. Casanova** o **A. Leroi-Gourhan** (1). No en vano es la escuela histórica francesa, a la que pertenecen prácticamente la totalidad de los especialistas interrogados, la primera en abrirse a otras ciencias y disciplinas en un intento, siempre utópico, de abarcar el proceso histórico en su totalidad.

Búsqueda de fuentes de todo tipo, revisión de las tradicionales, ampliación de horizontes, de métodos y en general de su problemática, serían las características de esa «nueva Historia». Una Historia que ya no se contenta, por ejemplo, con el simple estudio de documentos de archivo porque sabe, gracias sobre todo al marxismo, que éstos reflejan predominantemente las relaciones internas y siempre el punto de vista de las clases dirigentes, la únicas que han dejado escritos durante mucho tiempo.

Gracias igualmente al marxismo, la «nueva Historia» ha comprendido la necesidad de situar los fenómenos simbólicos o mentales de una colectividad —analizables con métodos

semiológicos, lingüísticos, psicológicos, etc.— en el conjunto de las relaciones sociales concretas, únicas capaces de explicar su génesis y evolución.

Pero donde mejor se aprecia el corte entre la Historia tradicional, impresionista y literaria, y las nuevas tendencias, tal vez sea en la llamada «historia cuantitativa», que trata de explicar los fenómenos de desarrollo histórico a través de las oscilaciones de series económicas en períodos de tiempo más o menos dilatados. Así se han analizado movimientos de salarios, de precios o de rentas en tal o cual región y a lo largo de tantos decenios o siglos.

Este afán cuantificador puede llevar, sin embargo, como advierten oportunamente, en la introducción a la encuesta, Hincker y Casanova, al extremo absurdo de aplicar categorías o conceptos modernos al análisis de épocas históricas en las que no tienen sentido y resultan por lo tanto anacrónicos.

Por otra parte, además, a pesar del carácter determinante del factor económico, éste no puede explicarlo todo. Así lo reconoce incluso un historiador de la economía como Pierre Vilar: «Lo que aún no se ha elaborado es el modelo histórico eficiente que tenga en cuenta no solamente lo económico, sino también lo psicosocial, las secuelas del pasado, las reacciones del presente y la creación de hombres nuevos a partir de realidades nuevas». Un modelo, esto es, de la Historia como totalidad en movimiento. ■ **JOAQUIN RABAGO.**



La Historia hoy

**G. Sadoul, J. Le Goff,
 P. Vilar, A. Soboul, R. Robin,
 A. Casanova y otros**

AVANCE

(1) «**La Historia hoy**», por G. Sadoul, J. Le Goff, P. Vilar, A. Soboul, R. Robin, A. Casanova y otros. Editorial Avance. Barcelona, 1976. Traductor: José María Colomé.